gregado en sus cátedras y salones á los obreros ávidos de instrucción. Aquel, producía por medio de la poesía esas notas sublimes que elevan el alma; este, difundía lo que el primero creaba; uno y otro, en fin, seguían el único camino para llegar á la suspirada regeneración, que no es otro que el de educar y enseñar al pueblo.

El señor Fabré secretario de la Biblioteca-Museo Balaguer, saludó, en nombre de la Directiva de aquella simpática institución y en nombre también del pueblo de Villanueva y Geltrú, al noble pueblo de Reus, que se asocia al sentimiento producido por la pérdida del gran poeta que era timbre de orgullo para Cataluña. Sigue haciendo uso de la palabra el señor Fabré, reseñando brevemente los méritos de Balaguer como historiador, poeta y político, para hacer resaltar la personalidad del gran sociólogo, educador del pueblo en sus fundaciones del Museo de Ultramar y de la Biblioteca-Museo de Villanueva, donde, en las tres palabras escritas en su átrio, traza el camino de la vida y resurrección á la España moribunda, diciéndo como Jesucristo á Lázaro: ¡Levántate y anda! Trazó luego un paralelo de Balaguer con Ruskin y Tolstoi haciendo evolucionar un pueblo por medio de la instrucción. Y terminó agradeciendo al «Centro» el homenaje dedicado á Balaguer, expresando la gratitud de la Biblioteca-Museo, y saludando á la ciudad heroica y á sus dignos representantes.

Seguidamente, el señor Grases, dió lectura al hermoso trabajo que publicamos hoy en estas columnas, debido á la pluma de nuestro querido Güell y Mercader, que siempre es el primero cuando de servir al «Centro» se trata, y después, los señores Pons, Grau, Vyneken, Porta, Cavallé y Pallejá (D. Ricardo), leyeron las poesías, «¡Desperta ferro!», «Lo cant dels Almogavers», «Los héroes del mar», «La veu del mort», «Dies iræ» y una sin título, respectivamente, todas ellas originales del señor Balaguer.

Nuestro digno presidente, señor Serra, con palabra fácil y correcta, puso fin á la velada, dando las gracias á los representantes de la Biblioteca-Museo y del Ayuntamiento y al público numeroso, que acudió al «Centro» desafiando la lluvia torrencial que caía á tales horas, y ensalzando la celebración de actos de aquella índole.

Á VÍCTOR BALAGUER

POR

J. Güell y Mercader.

SEÑORES:

Acudo al llamamiento que para rendir tributo á la memoria del eximio poéta y gran patricio, Don Victor Balaguer, me dirige la Junta del «Centro de Lectura», y lo hago tanto por corresponder al honor que con ese llamamiento se me confiere, como para satisfacer apremios del corazón que me llevan amenudo á ofrendar mis respetos y alabanzas á cuantos muertos, han en vida, por sus talentos y virtudes, impresionado mi espíritu. Balaguer, además, merece mis afectos porque era gran admirador de la ciudad de Reus y muy especialmente de nuestro «Centro de Lectura».

Pobre será mi contribución á la obra meritoria que nuestra Sociedad—atenta á los fines de su instituto—levanta esta noche, en honra de uno de los más preclaros hijos de Cataluña. Balaguer se presta á ser apreciado bajo dos aspectos: como literato y como patricio. Sólo en síntesis, lo más abreviado que pueda, habré en esta ocasión de expresar mis opiniones respecto del primero, teniendo presente que oradores y poétas de los que toman parte en esta velada, hablarán de nuestro ilustre muerto, bajo este mismo aspecto. Pero, aún atento á esta consideración, el carácter literario de Balaguer es tan atractivo, su labor es tan vasta y tan variada, que al hablar de ella, temo engolfarme insensiblemente en digresiones y abusar de la benévola atención que os pido y no dudo que os servireis concederme.

Fué Balaguer, durante una gran parte de su larga existencia, ánte todo poéta, mejor diré, trovador de las gestas gloriosas de nuestra patria, Cataluña. Aún al morir era una de las figuras—quizá la única,—más interesantes y simpáticas que nos quedan de la época del romanticismo literario y político en España. Nacido en Barcelona, el año 1824, desde su adolescencia se distinguió como poéta y tribuno popular, y este carácter ha conservado hasta su muerte, por más que el tiempo y las imposiciones de la realidad y, muy especialmente, los altos cargos públicos que ocupó, templaran mucho sus bríos. El literato era principalmente poéta lírico, de lozana imaginación y gran aliento. Era también dramaturgo é historiador y, por más que esto último pueda no constituir en Balaguer la cualidad de más precio, es indudable que le hace acreedor al renombre y consideración que una crítica estrecha y parcial le ha disputado, concediéndolo á otros con menos méritos que él en España y fuera de ella.

Su génio amamantóse y desarrolló, como he indicado, en pleno romanticismo A esta escuela pertenecen sus primeros dramas, «El hijo de Carlomagno», «Don Enrique el Dadivoso» ó tercera parte de «El zapatero y el Rey», que tuvo éxito ruidosísimo en Barcelona; «Al toque de oración», «Bandera contra bandera», «Wifredo el Velloso», «Juan de Padilla», «Jaquob el sarraceno» y otros que no recuerdo ahora, forman las hojas de la corona de gloria que Balaguer ciñó desde muy jóven. Los títulos de los periódicos literarios por él fundados y dirigidos en aquella época, «El Laurel», «La Lira», «El Génio» y «La Violeta de Oro» revelan asimismo sus aficiones románticas y caballerescas. Vino á Madrid en 1846, y aquí se ensayó en el periodismo político de doctrina y de combate, pero regresó pronto á Barcelona y se asoció á los pocos que en aquella época empezaron á trabajar por el renacimiento de la literatura catalana, no exentos de miras políticas trascendentales. «El Catalán» fué su primer periódico político, al que siguieron «La Corona de Aragón» y «El Conceller». Coloboró en muchos otros, evidenciando

en todos ellos la tendencia á resucitar en la mente y en el corazón de los catalanes el recuerdo de los magnos hechos de sus abuelos. Cultivó la novela, y suyas son, entre otras, que aparecieron en aquella época en Barcelona, «Los frailes y sus conventos», «Lluvia de Mayo», «La guzla de cedro», casi todas firmadas con pseudónimo. Las «Leyendas de Montserrat», libro que tuvo gran aceptación, fué traducido al francés, al alemán y al italiano, honor que en aquellos tiempos alcanzaban muy pocas producciones literarias en España.

Hasta entonces Víctor Balaguer, como casi todos los literatos catalanes, sólo había escrito en idioma castellano; su afición á las cosas antiguas de Cataluña, impulsóle á hacerlo en la materna lengua, que tanto se presta á la forma poética. Compuso entonces su Oda «A la Verge de Montserrat», donde revela, resueltamente, tendencias propagandistas á favor del pasado glorioso de Cataluña. Con esta Oda Balaguer contribuyó mucho á despertar en la juventud la afición por la poesía catalana, pues aun cuando Aribau y Rubió y Ors, algunos años antes, habían escrito poesías en este idioma, careciendo del fuego é intención política de la de Balaguer, no consiguieron llamar la atención pública. En catalán escribió también por aquellos tiempos sus «Eridanias», colección de poesías políticas de vibrante entonación, cantos á la emancipación de todos los pueblos del mundo, especialmente de Italia que luchaba entonces por su independencia y liberted.

A Balaguer principalmente se debe la restauración de los Juegos Florales de Cataluña, y él fué quien desde sus comienzos dió carácter trascendental y político á aquella fiesta literaria. En su discurso inaugural y en sus poesías premiadas, se transparentan inclinaciones á reconstituir la antigua nacionalidad catalana unida al resto de España por la federación. En «Lo trovador de Montserrat», «Cants á Italia», «Esperansas y recorts» y otros tomos de poesías publicados por aquellos tiempos, sobresalen los géneros lírico y épico-lírico, y nuestro gran poeta se revela de cuerpo entero, sentimiento exquisito, fantasía exhuberante y viril intención y amor efusivo por el progreso y la libertad de los pueblos.

Su colección de cuadros históricos que con el título de «Tragedias», escritas en catalán y en verso libre publicó en los años 1876 y 1877, son parte muy importante de la labor literaria que deja Balaguer. Titúlanse estas tragedias: «La mort d'Aníbal», «Saffo», «Coroliano», «L'ombra de César», «La festa de Tíbulo», «La mort de Nerón» y «Lo guant del degollat», y forman un tomo de pocas y muy aprovechadas páginas que deben leer cuantos quieren ahondar en el estudio de la personalidad literaria de nuestro poéta. En aquella época no eran todavía conocidos Guimerá, Verdaguer, Apeles Mestres y otros que á tan gran altura han puesto la lírica catalana, y la publicación de las «Tragedias» de Balaguer fué un gran acontecimiento. Los primeros críticos de España y varios del extranjero alabaron la creación del eximio poéta, considerándola, en su género, la más culminante del renacimiento literario catalán, de cuantos hasta entonces, habían aparecido.

La publicación de las «Novas tragedias» que entre otras contienen «Lo Comte de Foix», «Raig de Lluna» y «La jornada de Panissars», recopiladas más tarde para formar la trilogía dramática llamada «Los Pirineus», constituye el mayor triunfo literario de cuantos obtuvo el viejo trovador catalán. Esas tragedias han sido traducidas á casi todos los idiomas europeos y merecido los más lisonjeros juicios de los mejores críticos de España y del extranjero. No me detengo en la exposición, siquiera abreviada del argumento de esas obras. Lo constituyen episodios históricos del tiempo de la cruzada contra los albigenses, y la acción pasa en Provenza, teatro entonces de trágicas escenas y palenque glorioso donde tantos héroes y mártires lucharon y sucumbieron en aquella justa protesta contra el poder absorbente del Papado y de los semi-bárbaros reyes y barones franceses del otro lado del Loire.

Entre las obras de Balaguer hay que mencionar la «Historia de Cataluña» en cinco grandes tomos. Apareció en 1862 al empezar el renacimiento de la literatura catalana. La escribió teniendo fijo el pensamiento en el afán por popularizar los hechos culminantes del pasado de Cataluña. No existía entonces una historia particular de nuestra región, y los archivos, llenos de documentos á ella referentes, brindaban á escribirla. Con actividad febril, en medio de las distracciones que la política activa le imponía, Balaguer no pudo poner en aquel trabajo el caudal de paciencia que los de su clase requieren. Se le ha censurado por las deficiencias que en punto á minucias de investigación exacta se notan en la obra, pero su autor defendióse diciendo que sólo la escribió para un fin de propaganda, cuando más para abrir camino y dar ejemplo para que otros, más competentes y con más tiempo y sosiego, se dedicaran á mejorar lo que él había empezado. Esto no obstante, aquel trabajo fué muy bien recibido y el abrió á Balaguer, las puertas de la Academia de la Historia. Veinte años después, Balaguer publicó una segunda edición de su «Historia de Cataluña», notablemente mejorada y tuvo gran éxito. Otros historiadores después de Balaguer han escrito y publicado trabajos históricos sobre Cataluña, con más erudición y crítica mejor fundada: ninguno ha conseguido tener tantos lectores como el poéta historiador, puesto que ninguno sabe mover por la amenidad del relato y el calor de la frase, el corazón y la mente del que lée. Balaguer, con su «Historia de Cataluña» no ha hecho eruditos, pero sí patriotas, y no pocos de los catalanistas que ahora figuran—sobre todo los de la escuela liberal—han aprendido á serlo leyendo á Balaguer.

Parte principalisima del bagaje literario que deja nuestro ilustre biografiado, es su «Historia política y literaria de los trovadores». Diez años trabajó en ella. En España y Francia, ántes que Balaguer, literatos de valía han escrito y publicado libros sobre este mismo tema, pero generalmente, además de ser esos trabajos poco extensos, sólo tratan de la literatura provenzal y de los trovadores en la Edad media, bajo un aspecto puramente científico y estético, omitiendo el carácter político y social ó apenas fijándose en él, presentándonos á los trovadores como poétas y copleros,

más ó menos vagabundos, dedicados exclusivamente á estériles idealismos, á halagar las pasiones amorosas ó, cuando más, el orgullo y la vanidad de los reyes y señores cantando las hazañas de sus antepasados. Balaguer, sin quitar al asunto su naturaleza principalmente literaria, estudia la parte política y social que entraña, y nos presenta á no pocos de los antiguos trovadores, ejerciendo la misión del periodista en los modernos tiempos. Supone y prueba evidentemente que los cantos del trovador provensal eran el medio de que se valían los hombres políticos para propagar ideas, levantar el espíritu público y formar, como ahora decimos, opinión en favor de una empresa de interés general cualquiera. En prueba de sus asertos, nuestro historiador cita muchas composiciones poéticas inéditas por él encontradas en los archivos existentes en España y Francia, copia muchos *serventesios*, de los que claramente se deduce que casi todos aquellos hombres considerados como juglares, tenían alteza de miras y loaban en sus cantos la pátria, el progreso y la libertad. Algunos vertían ideas morales y filosóficas, enunciaban reformas sociales y políticas que en los siglos XVII y XVIII aparecieron en los catecismos de los innovadores revolucionarios. El autor escribe á este propósito párrafos muy elocuentes y aduce testimonios fidedignos y curiosas pruebas.

Balaguer era por naturaleza y vocación poéta y literato. La pasión por la popularidad y la gloria, las agitaciones de la opinión ya desde los primeros años de su juventud, lleváronle á la política militante, en la cual su carácter ingénuo, noble y generoso y su desinterés, tratándose de provechos materiales, impidiéronle siempre ser hombre temible para sus adversarios. Diputado á Cortes por Cataluña desde que fijó su residencia en Madrid, esta representación le favoreció mucho para progresar en la carrera política. Fué Director general, Vice-presidente del Congreso de los Diputados, Presidente del Consejo de Estado y ministro de Fomento y dos veces de Ultramar. Su paso por estas altas posiciones no ha dejado huellas que acusen el más leve traspié en materia de moralidad. El nombre de Balaguer no va unido á ninguno de aquellos hechos que tanto desacreditan á nuestra administración, especialmente en lo tocante al régimen de nuestras colonias. El libro-Memoria que sobre su gestión publicó Balaguer al dejar el ministerio de Ultramar, muestra iniciativas de reforma muy importantes para el mejoramiento de la administración, y prueba que Balaguer no fué un ministro vulgar. A él se debe aquella grandiosa Exposición de productos de Filipinas, Marianas y Carolinas que se efectuó en Madrid en el año 1887, y á él la creación de aquel Museo de Ultramar que todavía admiramos en medio de las arboledas del Retiro y es lo único real y positivo que queda en Madrid del grandioso Imperio colonial que en un tiempo tuvo España, lo único que materialmente representa las inmensas riquezas de toda clase que aquellas tierras atesoran, riqueza que España en tres siglos de dominio no ha querido ó no ha sabido aprovechar, tierras que míseramente hemos perdido cuando las demás naciones mejoran y ensanchan las que tienen!

Balaguer no era título de Castilla, ni pertenecía á Orden alguna de Caballería. Como Cánovas, Sagasta, Martos, Silvela, Montero Ríos y otros políticos notables, era de los que en un país como España donde tanto se prodigan los títulos nobiliarios como signo de distinción social, creen que lo verdadero digno es no tenerlos.—Cataluña debe mucho á Balaguer: no ha habido en nuestra región durante los últimos cincuenta años hecho alguno memorable en pro de la prosperidad de la misma, á que no vaya unido el nombre de nuestro biografiado. Cuando no otra cosa, la creación de la Biblioteca-Museo que lleva su nombre en Villanueva y Geltrú, que honra á nuestra región, basta para inmortalizar su memoria.

* * *

Hablemos ahora de Víctor Balaguer con relación á nuestra Sociedad, «Centro de Lectura». La visitó varias veces: primera, en el año 1861, que vino á Reus exclusivamente para este objeto. Había oído grandes elogios de nuestro «Centro», hechos por el reusense D. Pedro Sirvent, intimo amigo del gran poéta catalán. No sufrió la temida decepción tan común al apreciar de cerca lo que desde lejos se ha oído elogiar mucho. Balaguer estuvo en el «Centro», enteróse minuciosamente de su organización y alternó con los jóvenes que más lo frecuentaban y más en él se distinguían. A todos nos aleccionó con sus consejos. De mí he de decir que Balaguer fué quien más contribuyó á determinar mi indecisa voluntad ante los obstáculos que á la profesión de escritor ó periodista entonces, más que ahora, se oponían. Por las escitaciones de Balaguer, más que por confianza en mis aptitudes, cedí á la voz de la vocación innata que en mí sentía.

Balaguer se ofreció á hablar ánte los socios del «Centro». Para oirle nos reunimos en el gran salón de nuestra Sociedad los setecientos que entonces la formábamos. Fué el discurso que Balaguer pronunció en aquella ocasión más que una conferencia literaria, como se había anunciado, una arenga tribunicia, el *sursum corda* dirigido á la juventud reusense. Estaba entonces Balaguer en la mejor edad para el orador: tenía 36 años. Su figura gallarda, su cabeza escultórica ornada de hermosa melena, su voz robusta y cadenciosa, atraían al oyente, y los sentimientos, ideas y aspiraciones que en aquella ocasión expresó el tribuno, no podían estar más en consonancia con las dominantes de la juventud del «Centro». Lo que acerca del ideal que nuestra Sociedad perseguía nos dijo Balaguer, sus conceptos sobre el porvenir de la misma si del pensamiento que inspiró á sus fundadores no se separaba, fueron una profecía que, en gran parte, se ha realizado.

Leyó ó recitó Balaguer, como él solo sabía hacerlo, algunas de sus poesías, todas en nuestro pátrio idioma: «Los voluntaris catalans», «Los héroes del mar», «Despertá, ferro» y «Dies iræ» enardecieron á aquella juventud educada en los generosos sentimientos de amor á la independencia y á la libertad de los pueblos.

En aquella reunión se acordó, por unanimidad, y en medio de estruendosos aplausos, conferir á Balaguer

el título de socio de mérito de nuestro «Centro», á cuyo acuerdo contestó el agraciado con una bellísima improvisación llena de entusiasmo y de poesía. Visitó cuanto en Reus había notable; en Salou evocó las antiguas glorias de Cataluña con el recuerdo del rey Don Jaime cuando se embarcó en aquellas playas para la conquista de Mallorca, y de Roger de Lauria que en aquella ensenada reunió, más de una vez, sus naves para emprender expediciones y conquistas. Amante de las tradiciones populares, ántes de dejar nuestra ciudad visitó Balaguer el Santuario de la Virgen de Misericordia, y allí leyó su Oda «La Verge de Reus», expresamente escrita para aquella ocasión y cuyo original, escrito de puño y letra de nuestro poéta, se conserva, puesto en un marco, entre las ofrendas piadosas que cubren las paredes de aquel Santuario.

En otras ocasiones estuvo Balaguer en Reus. Fué una de ellas en Junio de 1862, presidiendo la comisión que vino de Barcelona con el objeto de fomentar en nuestra ciudad la suscripción que se hizo en Cataluña para la construcción del «Ictineo» ó barco-pez que acababa de inventar el ilustre figuerense, Monturiol, y que no obstante el excelente resultado que dieron las pruebas que del submarino hizo su inventor en el puerto de Cartagena y apesar del informe favorable de los técnicos, el Gobierno de Madrid no quiso patrocinar. Los redactores del «Eco del Centro de Lectura», habíamos ya iniciado en Reus la suscripción en favor de Monturiol apenas se habló de ella en Barcelona, pero como no prosperase nuestra iniciativa, llamamos en nuestro auxilio á las personalidades que para este mismo objeto más se habían evidenciado en Barcelona. Y acudieron á nuestro llamamiento viniendo á Reus, los escritores D. Víctor Balaguer, Cornet y Mas, redactor del «Diario de Barcelona», Tresserra y Cárlos Bertrán, publicistas muy populares entonces y el gran músico-poeta D. José Anselmo Clavé. Puestos de acuerdo con estos señores, los redactores de «El Eco» convocamos al pueblo de Reus á una reunión pública en el gran Salón Filarmónico— porque en aquellos tiempos, hasta sitio apropósito para las reuniones muy numerosas había en Reus. En la de que hablo, se nombró una Junta, en la cual, además de los jóvenes iniciadores del pensamiento, figuraban las autoridades y personas más notables de Reus. De los cuarenta individuos que la constituímos, solo cuatro ó cinco quedamos hoy en el mundo de los vivos, entre ellos el Presidente, D. Bernardo Torroja y el secretario, que lo fué quien en este momento os dirije la palabra.

Presidió la gran reuión Balaguer, y él resumió los discursos. Fueron muchos y elocuentes. El de Balaguer se dirigió en buena parte á enaltecer á Reus y al «Centro de Lectura». —Hemos venido á Reus—decía en uno de sus párrafos más salientes que copio de las notas taquigráficas entonces tomadas — hemos venido á promover la suscripción del «Ictineo», seguros del éxito que íbamos á obtener. Seguros, sí, porque no podía ni debía ser otra cosa tratándose de un interés nacional y tratándose de Reus. Otros, más autorizados que nosotros los que de fuera hemos venido, habían ya tomado aquí la iniciativa. No se nos censure si como usurpadores de su gloria nos presentamos. La dejamos íntegra y completa á quien pertenece, á los entusiastas jóvenes del «Centro de Lectura». Nosotros sólo hemos venido á ayudarles. Nos díjimos un dia, hallándonos en Barcelona: «Es una idea noble, generosa y patriótica la de promover la suscripción para el «Ictineo Monturiol»; pues á Reus con ella, á Reus que es la ciudad de nobles, de generosos, de patriotas sentimientos».

Interrumpido por los entusiastas aplausos de la concurrencia, continuó el orador: «Seguros del resultado, hemos venido á Reus, á Reus que es la reina del valle en que se asienta, como la flor que ostenta en sus blasones es la reina de las flores; á esta ciudad que tantas páginas de gloria tiene escritas en sus anales, á esta ciudad que ha figurado con honra en todos los grandes hechos de nuestra historia catalana, á esta ciudad, en cuyo escudo hay la rosa y el roble y el laurel, emblema de la belleza de sus hijas y emblema también de la gloria y de la fortaleza de sus hijos. Yo recuerdo haber leído con placer y con orgullo como Reus ha ganado su título de Ciudad imperial, hace ciento cincuenta años, título que obtuvo derramando la sangre de sus hijos y el dinero de sus arcas, para sostener la causa de Cataluña, una de las causas más justas y más nobles que pueden defenderse y que los reusenses, vuestros antepasados, defendieron hasta el último trance, hasta que de las ruínas humeantes de Barcelona, inícuamente bombardeada por las tropas del Borbón Felipe V, se elevó al cielo, desesperado y lloroso, el ángel de la libertad y de la independencia de Cataluña.»

La ovación fué delirante, y ya viejo, la recordaba Balaguer colocándola entre las más gratas que obtuvo en su juventud. Así se expresaba en público Balaguer hace cuarenta años, cuando nadie hablaba de catalanismo. El fué el precursor del movimiento que ahora agita á gran parte de la juventud intelectual en Cataluña, la misma que, con pocas escepciones, ha visto ahora morir á ese precursor y ha sido ingrata hasta el punto de negarse á ofrendar flores sobre la tumba del primer poeta y tribuno que ha tenido el renacimiento de la patria catalana.

* * *

En los últimos dias de Junio de 1868, en ocasión de celebrarse aquí por iniciativa del Ayuntamiento un certámen poético, exclusivamente dedicado á temas religiosos, Balaguer vino á Reus acompañando al gran poéta José Zorrilla que, recién llegado de Méjico, residía entonces en Barcelona. Hallándome accidentalmente en nuestra ciudad, organicé en obsequio de los dos poétas, un banquete íntimo, porque las circunstancias en que entonces se encontraba España no permitían hacerlo público. Efectuose en el restaurant de los Jardines de Euterpe, y leyéronse y recitáronse poesías adecuadas á la significación literaria y política de aquel acto.

No pudieron entonces Balaguer y Zorrilla visitar el «Centro de Lectura», porque desde un año atrás, por orden del Sub-Gobierno civil que había entonces en Reus y en virtud de la denuncia de un sujeto de cuyo nombre no quiero acordarme, fué disuelta la Sociedad y cerrado el local que ocupaba.

En Marzo de 1893, cuando la inauguración de la estátua que Reus erigió al general Prim y en ocasión del certámen literario que nuestra Sociedad efectuó entonces, de cuyo Jurado fué Balaguer Presidente,el eximio poéta catalán vino por último vez á Reus. El magnífico discurso, enchido de amor á nuestra ciudad y de respeto y cariño á sus hijos ilustres, que pronunció Balaguer en el Teatro Fortuny donde se efectuó la fiesta, presente está en la memoria de los asistentes á esta velada, y, por lo tanto, considérome dispensado de la tarea de recordarlo.

Mostraba Balaguer su afecto á nuestra ciudad en cuantas ocasiones se le presentaban y complacíase en hablar de las iniciativas que ha mostrado siempre Reus y de los hijos distinguidos que en las varias esferas de la humana actividad honran nuestra población en todo tiempo y muy especialmente en el siglo XIX. Balaguer ejerció más de una vez en favor de Reus la natural influencia que, por causa de los altos puestos que en la gobernación del Estado ocupó, tuvo en los centros administrativos. Recuerdo que en el año 1882, cuando la aprobación del proyecto, concesión y demás trabajos inherentes á la construcción y explotación del ferro carril económico de Reus á Salou, para lo cual se hubieron de vencer no pocos obstáculos en la enojosa tramitación burocrática que en España padecemos, encontré en Balaguer franco y entusiasta apoyo. Y quiso el destino que ese efecto y consideración á nuestra ciudad y á sus hijos se revelara hasta en los postreros actos de la existencia de nuestro ilustre amigo. Las últimas letras que trazó la mano de Balaguer, fueron en la noche del 26 de Diciembre próximo pasado, cuando sintiéndose muy enfermo y después de un fuerte exceso de tos, le rogaba yo que se acostara y me dijo que no quería hacerlo sin ántes firmar la recomendación que el día anterior yo le había pedido en favor de un amigo suyo y mío, hijo de Reus. Firmó la carta, dirigida á un ministro, despidióse cariñosamente de mí y se dirigió á su dormitorio y acostose para no levantarse más.

* * *

Recopilando ahora brevemente lo expresado en los anteriores párrafos y deseoso de no cansar por más tiempo vuestra atención, concluyo diciendo: D. Víctor Balaguer puede y debe figurar entre los españoles ilustres del siglo XIX. Fué hombre de bien, obrero de la inteligencia y gran ciudadano. Escritor laboriosísimo, incansable, tribuno y poéta cantor de las glorias de España, pero muy especialmente de las de Cataluña y precursor de la buena nueva que ahora se predica en favor de la reivindicación de la personalidad catalana, merece el elogio de todos los buenos Fué además como político, liberal por sentimiento y por convicción, demócrata por la sencillez de sus costumbres y por la bondad de su alma. Luchó en las batallas de la prensa y de la tribuna, siempre caballerosamente, triunfando del adversario sin hacerle daño, y, lo que parece impropio de aquel carácter condescendiente y cariñoso á los requerimientos de la amistad, murió sosteniendo con varonil, enérgica entereza, hasta el último momento, la fé en sus convicciones íntimas, y no hubo medio de inducirle á acto alguno que pudiera parecer que claudicaba en esa fé. Todo su afán en los momentos—afortunadamente para él muy escasos—que se creía en peligro de muerte, consistió en decir que no se le enterrara en Madrid, sino en Cataluña, cerca de su Biblioteca-Museo, en el cementerio de Villanueva, junto á aquel mar tirreno, por él cantado y glorificado en versos inmortales, y por cuyos espacios vagará eternamente el alma del poéta.

¡Dichoso él que ha podido ver acercarse la muerte, seguro de que había de cumplirse aquel patriótico deseo!

* * *

He terminado mi tarea. Cuanto habeis escuchado los precedentes párrafos inspirados en la cariñosa amistad que con el varón ilustre, en ellos loado, durante cuarenta años me ha estrechamente unido, ved en esos párrafos no el trabajo premioso del biógrafo ó del narrador, si no el balbuceo de ideas que pugnan en vano por expresarse con toda la intensa claridad que se determidan en la mente y se sienten y se engrandecen en el corazón, Impresionados como no podeis menos de estar ante el recuerdo de un hombre representante, puede decirse, de una generación ya extinguida que presidió los albores explendentes del gran renacimiento de nuestra patria, de un hombre que consagró su existencia á la realización de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno, sólo me resta deciros:

«Amad la Belleza que es el fundamento del Arte; amad el Arte que inspira la pasión por la Libertad, amad la Libertad, que es la vida. Jóvenes: cuando en el curso del tiempo, que crea y destruye á la vez, sintáis, como yo, fuerte,—por el trabajo y la reflexión—la experiencia; y débil—por el cansancio y las decepciones—la voluntad, y veáis muertas todas las ilusiones que ahora hermosean vuestra existencia, domadas todas las energías que han espoleado vuestra ambición y vacilante la fé en lo que más ferviente os la ha inspirado, os quedará una satisfacción: haber contribuido, con actos como el de hoy, á enaltecer y glorificar en Víctor Balaguer, las virtudes privadas y cívicas, y haber ayudado al fomento de la general cultura sosteniendo nuestra Sociedad, desvaneciendo las nieblas de la inteligencia en la masa del pueblo, realizando de este modo lo generosa aspiración de que todos los antagonismos políticos religiosos y sociales que han hecho tormentoso el siglo recién fenecido, se resuelvan en soluciones de tolerancia, de paz y de concordia; única manera de que la humanidad, en su peregrinación sobre la tierra, pueda avanzar con paso firme y seguro por la senda del progreso real y positivo.

Madrid Abril de 1901.

POESIAS DE DON VÍCTOR BALAGUER

LA NUVIA

¡Tocan á morts á la vila,
tocan á morts!
Era fresca com un lliri,
y era hermosa com un sol